

No fué menos notable por sus resultados políticos: el duque de Milan cedió sus derechos mediante una pension, el papa devolvió Parma y Plasencia por el convenio de Viterbo, en el que fueron comprendidos los españoles; y finalmente, la paz que se firmó, cerró la Italia á los suizos. Por el tratado de Friburgo, la Confederacion helvética se comprometió, mediante 700,000 escudos anuales, á permitir que levantara el rey en su territorio las tropas que necesitara. Se llamó la *paz perpétua* y duró tanto como la antigua monarquía francesa.

Otro tratado se firmó con Leon X, que interesaba solo á la Francia, y fué el *concordato* de 1516, que reemplazó la pragmática sancion de 1438, y en cuya virtud quedaron abolidas las apelaciones á Roma, fuente de muchos abusos, las *reservas* y las *gracias expectativas* que daban á la Santa Sede la facultad de proveer muchos beneficios; y se confirió al rey el derecho de nombramiento directo para todas las dignidades eclesiásticas, sin reservarse el de rehusar la investidura á los elegidos mas que en el caso determinado de indignidad canónica. Francisco renunció, no obstante, á la convocacion periódica de los concilios y restableció el impuesto de las *anatas*, ó renta ánua que se debía pagar por todo nuevo beneficio á la Santa Sede.

El primer período de las guerras de Italia terminó, pues, con ventaja aparente de la Francia, que habia ganado el ducado de Milan, del cual la separaban los Alpes y las posesiones de la casa de Saboya. Su rey tenia una nueva corona; pero con ella venia una terrible guerra de cuarenta años.

CAPITULO VIII.

PRIMERA RIVALIDAD DE LAS CASAS DE FRANCIA
Y DE AUSTRIA (1519-1529).

Francisco I y Cárlos V. Primera guerra (1521-1526). — Segunda guerra (1526-1529): tratado de Cambray.

Francisco I y Cárlos V. Primera guerra (1521-1526).

El mismo año en que recogia Francisco I los frutos de su victoria de Mariñan y creia consolidar la pacificacion de Italia, así como tambien la grandeza de la Francia, firmando la *paz perpétua* y el *concordato*, la muerte del rey Don Fernando el Católico daba Nápoles y la mitad de España al futuro emperador Cárlos V (1516). Descendiente del *gran duque de Occidente*, lo que le constituia en soberano de los Países Bajos y del Franco Condado, con pretensiones sobre la Borgoña, Cárlos era por su padre, nieto del emperador Maximiliano y heredero de Austria, y por su madre, nieto tambien de Don Fernando el Católico y de Doña Isabel, con el derecho de sucesion á las coronas de Castilla, de Aragon, de Navarra y de Nápoles. Francisco I no trató de impedir que recogiera tan magnífica herencia; y hasta firmó con él en Noyon un tratado de alianza, sin exigir nada mas que la restitution de la Navarra á la casa de Albret. Cárlos prometió; pero con la firme resolucion de no cumplir su promesa.

Tres años despues quedó vacante el imperio por la muerte de Maximiliano (1519), y Cárlos y Francisco I se disputaron la corona. En presencia de aquellos poderosos rivales,

los electores desecharon á los dos, aunque se habian vendido para nombrarles, y eligieron á Federico el Sábio, elector de Sajonia; pero este se negó, y aconsejó á los príncipes que designaran á Cárlos de Austria, mas interesado que nadie en defender á la Alemania contra los turcos, por razon de sus Estados hereditarios. A mayor abundamiento, temian



Francisco I (copia del cuadro del Ticiano).

el despotismo del rey de Francia. Sea como quiera, Cárlos fué proclamado emperador, despues que sus representantes prometieron que no haria la paz ó la guerra sin el asentimiento de la Dieta, que daria todos los empleos á alemanes y que fijaria su residencia en Alemania.

Sin contar el resentimiento de este descalabro, Francisco I tenia varios motivos para combatir al nuevo emperador. Con

efecto, si no está probado que Cárlos V aspirase jamás á la monarquía universal, no cabe duda que podia temerse cuando acababa de reunir bajo su dominacion los Países Bajos, el Austria, las Dos Sicilias, España, el Nuevo Mundo, y finalmente, el imperio; ¿qué le faltaba al ambicioso que tomó el mote: *Plus Ultra*, para ser otro Carlo Magno? La Francia. A la Francia le tocaba, pues, resistir á aquella amenazadora ambicion y fué gloriosa su empresa de defender contra la casa de Austria la independencia de los Estados europeos, y por lo tanto la civilizacion del mundo.

La desigualdad de las fuerzas era mas aparente que positiva en aquella lucha que iba á durar dos siglos. Los dominios de la casa de Austria eran mucho mayores; pero estaban diseminados, los separaba el mar, ó Estados enemigos y extranjeros; en tanto que la Francia aparecia compacta y nada se oponia á la voluntad del soberano: el concordato le acababa de dar sobre el clero la autoridad que tenia sobre la nobleza y la clase media. Francisco I se lisongeaba de haber puesto á los papas *fuera de juego* y fué el primer rey de Francia que firmó sus decretos con esta fórmula: *car tel est mon bon plaisir*. Cárlos V tropezaba con resistencias interiores y con dificultades de toda clase. En ninguna parte se encontraba con libertad de accion. En España tenia la oposicion de los *comuneros* y los fueros provinciales, en Flandes, la turbulencia de los vecinos, en Alemania, los protestantes, en Austria, los otomanos y en el Mediterráneo los berberiscos. Así se explica la victoriosa resistencia de Francisco I, no obstante la superioridad de talentos que el emperador poseia.

Entrambos rivales comenzaron por buscarse alianzas; y aquí, como en la cuestion del trono imperial, llevó la ventaja Cárlos V. Mientras Francisco I no lograba otra cosa en la entrevista del Paño de oro que ajar el amor propio de Enrique VIII, eclipsándole con su boato y sus gracias caballerescas, Cárlos se dirigia al famoso Wolsey, ministro del rey de Inglaterra, le prometia la tiara y se conquistaba la alianza inglesa. Por último, tambien el papa Leon X se declaró en favor del emperador, porque le asustaban

ya los progresos de aquella reforma que antes habia despreciado.

Derrotado diplomáticamente, Francisco apeló á la guerra, que comenzó de un modo indirecto, dando á Enrique de Albret 6,000 hombres para invadir la Navarra, atento á que Carlos V la conservaba contra las cláusulas del tratado de Noyon; y además suministró otras tropas al duque de Bullon quejoso tambien del emperador, y que por cuenta propia batallaba en el Luxemburgo. Empero los franceses fueron desbaratados en Castilla á donde llegaron tarde para dar la mano á los comuneros y á su heróico jefe Don Juan de Padilla (véase pág. 67), el duque de Bullon no fué mas feliz, y los imperiales pusieron cerco á Mezieres. Afortunadamente, Bayardo penetró en la plaza, la defendió durante seis semanas y dió tiempo al rey para que acudiera con su ejército, con lo cual el enemigo retrocedió en desorden, y los franceses se vengaron invadiendo los Países Bajos (1521). Mas entretanto Lautrec, que habia irritado á la poblacion italiana con un gobierno duro y rapaz, tuvo que abandonar Parma, Plasencia y hasta Milan. Para subvenir á los gastos de esta campaña se crearon las primeras rentas perpétuas que fueron origen de la deuda pública en Francia. El rey, que de todo hacia dinero, vendió veinte cargos de consejeros del parlamento de Paris y convirtió en moneda una verja de plata que Luis XI habia regalado á San Martin de Tours.

El año siguiente (1522) lo mas fuerte de la guerra fué en Italia. Lautrec recibió refuerzos, mas no dinero; y Luisa de Saboya, envidiosa de la condesa de Chateaubriand, hermana de Lautrec, privado del rey, obligó, segun dijeron aunque en el dia esta tradicion parece inverosímil) al superintendente Samblanzay á que le entregara las cantidades destinadas á los suizos y estos se amotinaron, pidiendo dinero, licencia ó batalla. Lautrec les llevó al ataque de las formidables trincheras de la Bicoca que habria podido ganar por el hambre, y salieron derrotados, lo cual produjo la pérdida del Milanesado, que recobró un hijo de Luis el Moro, y la defección de Venecia y de Génova (1522).

El mismo año hizo Carlos V que elevaran al trono pontificio á su preceptor, Adriano VI, porque ya Italia estaba á su discrecion.

Creyó Francisco I que la Francia lo arreglaria todo y se dispuso á pasar los Alpes con 25,000 hombres, cuando la traicion del condestable de Borbon amenazó la existencia del reino. Era el último de los grandes señores feudales, el príncipe mas poderoso del reino y el mejor general de Francisco I, que ofendido por una injusticia que permitió el rey porque así lo quiso su madre Luisa de Saboya, concibió el culpable proyecto de vengarse del rey vendiendo á la Francia. Sigilosamente trató con Carlos V y estipularon el desmembramiento del reino en provecho del emperador, del rey de Inglaterra y del condestable, debiendo recibir este último el antiguo reino de Arles. Advertido por vagos rumores Francisco I, se avistó con el condestable en Moulins, con la idea de arrancarle una confesion, una señal de arrepentimiento, ó cuando menos una expresion de adhesion y de cariño; pero Borbon permaneció impenetrable, y creyéndose descubierto, huyó, llevando á Carlos V en vez de un ejército, la espada de un proscrito. El año anterior Enrique VIII declaró la guerra á Francia y acababa de embarcar en Calais un ejército inglés, á la par que los españoles atacaban á Bayona y entraban en la Champaña 12,000 imperiales. No se atrevió Francisco á alejarse: envió á Picardía contra los ingleses á la Tremoille, que les contuvo con sus hábiles maniobras y despues los rechazó, no obstante la inferioridad de sus fuerzas. Lautrec detuvo á los españoles, Guisa á los alemanes y Bonnivet recibió el encargo de recobrar la Italia. (1523).

Mala fué esta eleccion. Bonnivet desbaratado y herido en Biagrasso, por su incapacidad, dejó el mando á Bayardo que fué herido mortalmente cubriendo la retirada. El condestable que le perseguia, le halló tendido al pié de un árbol, y como le demostrara su sentimiento viéndole así, Bayardo respondió: «No es á mí á quien hay que compadecer, pues que muero como hombre de bien, sino á vos que peleais contra vuestro rey, vuestra patria y vuestro juramento» (1524).

Después de aquel triste triunfo Borbon invadió la Provenza; pero Carlos V desconfió del traidor y encargó á Pescara la alta dirección de la campaña. Ninguna de las promesas del condestable se realizó: contaba con sus antiguos vasallos y ninguno abrazó su partido; creyó que los marseleses le presentarian, con la cuerda al cuello, las llaves de la ciudad, é hicieron una resistencia vigorosa. Francisco I se acercaba con fuerzas formidables; los imperiales retrocedieron en desorden (agosto) sin detenerse ni detrás de los Alpes, ni bajo el amparo de Milan, y Pescara no pudo hacer mas que introducir 6,000 hombres en Pavia y fortificarse en el Adda, en tanto que Borbon buscaba refuerzos con urgencia.

Francisco les siguió y tomó á Milan sin combate. Después puso cerco á Pavia, y creyéndose bastante fuerte envió 10,000 hombres á Nápoles. El enemigo tuvo tiempo de rehacerse. Borbon, animado por el odio, halló recursos, se trasladó á Alemania y volvió á pocas semanas con 12,000 hombres. Reunióse entonces con Pescara y Lannoy, virrey de Nápoles, y los tres volvieron sobre Pavia, quedando Francisco I entre ellos y la ciudad donde mandaba el esforzado capitán Antonio de Leyva. Aconsejaron á Francisco I que tomara una posición mas fuerte; pero Bonnavet contestó que un rey de Francia no retrocedía jamás y aceptaron la batalla. El enemigo tenía que sufrir el terrible fuego de los reducidos franceses para formarse en línea y el gran maestre de la artillería Genouillac, « hacia brechas y mas brechas en los batallones enemigos, volando por los aires brazos y cabezas.» El *rey-soldado* inutiliza su artillería colocándose delante de ella para lanzarse sobre los españoles con sus caballeros. Seguidamente los españoles se concentran, la guarnición hace una salida y todo se pierde; los suizos ceden, los lansquenets son destrozados, Francisco I mata á siete enemigos y por fin se rinde. Todos los nobles que cargaron con él fueron muertos ó quedaron prisioneros (1525). Aquella misma noche Francisco escribió á su madre una carta bastante larga en la que decía: « Mi infortunio es tan grande que solo me han quedado la honra y la vida.» Y



Muerte de Bayardo (Musco de Versailles).

de aquí el dicho heróico : « Todo se ha perdido, menos el honor, » (24 de febrero de 1525).

Europa se conmovió con aquel desastre y temió por sí misma creyendo que con el rey había caído la Francia. La Italia veía ya su ruina en la victoria de los españoles; y Wolsey, que no contaba ya con el emperador en razón á que acababa de dar el trono pontificio al nuevo papa Clemente VII, se vengó de haber sido engañado aconsejando á su rey que abandonase la alianza austriaca. La regente de Francia, Luisa de Saboya, supo sacar partido de aquellos temores y de aquellos ódios, y estrechó relaciones hasta con Soliman, sultan de los turcos, negociacion de importantes consecuencias, como veremos despues; pero que entonces no tuvo otro efecto que el de dispensar á los franceses establecidos en Turquía, del tributo debido por todo cristiano para ejercer su religion libremente.

Francisco I no encontró en Madrid á Cárlos V tan magnánimo como le había creído. Durante largo tiempo se negó á verle y le tuvo en severa vigilancia. Enfermo de pesar, Francisco I pensó abdicar en favor de su hijo para que su enemigo no tuviera ya preso al rey de Francia; mas en vez de persistir en tan acertada resolucion, firmó un tratado desastroso (1526), despues de haber protestado secretamente contra una violencia moral que, en su mente, anulaba los actos del cautivo. Sea como quiera, Francisco cedió á Cárlos, bajo reserva de homenaje, la provincia de Borgoña, renunció á Nápoles; á Milan y á Génova, á la soberanía sobre Flandes y el Artois, restituyó los bienes al cardenal de Borbon, y prometió casarse con la hermana del emperador, reina viuda de Portugal.

Segunda guerra (1526-1529): tratado de Cambray.

Así que se vió libre Francisco I, se negó á ejecutar el tratado de Madrid, y los diputados de Borgoña reunidos en Coñac, declararon que no tenía el rey derecho para enagenar una provincia del reino cuya integridad juró en su consagracion. El emperador acusó á Francisco de que fal-

taba á su palabra y el rey contestó que « mentía por la boca » y se ofreció á zanjar la cuestion en campo cerrado. Volvió á empezar la guerra, y los italianos, maltratados por los imperiales, corrieron á ella con ardor. Decía Giberti, ministro del papa Clemente VII : « Esta vez no se trata de venganza : la guerra va á decidir si la Italia será esclava ó será libre. » — « Si la Italia hace alianza con Francisco I, decía otro, es por su bien, no porque tenga amor á los franceses. » Enrique VIII de Inglaterra tomó el título de *Protector de la liga*, en la cual entraron el papa, Venecia, Florencia, Milan y los suizos.

Como todas las coaliciones, la liga de la independenciam italiana careció de buen acuerdo y energía. Su general el duque de Urbino, dejó que sucumbiera Sforzia en Milan y en vez de apoyar á la flota pontificia que amenazaba á Génova, se entretuvo en la toma de Cremona, y á todo esto disimulaba sus temores comparándose con Fábio Cunctator. Lo cierto es que con aquella tardanza Borbon recibió el refuerzo de 15,000 lansquenets, luteranos fanáticos, mandados por Jorge Frondsberg, que despues de haber devorado el Milanesado, quisieron otra presa, Florencia ó Roma, Roma principalmente, *la sacrilega Babilonia*. Frondsberg llevaba al cuello una cadena con la cual había jurado ahorcar al papa. No le disgustaba á Cárlos V que tuviera Italia un buen escarmiento, por lo cual dejó á Borbon sin dinero y sin órdenes; y así sucedió que aquellas hordas hambrientas sin hacer caso de nadie, dieron muerte á sus oficiales, amenazaron á Borbon y atravesaron el Apenino : el ejército italiano se contentó con cubrir la Toscana. El condestable marchó sobre Roma soñando quizás que podría constituir un reino en Italia no menos independiente de España que de Francia, y como encontrara las puertas cerradas, ordenó el asalto y cayó uno de los primeros. Horriblemente le vengaron sus tropas. En menos de una hora se apoderaron de la ciudad (6 de mayo), el saqueo duró nueve meses y si se acabó fué porque sobrevino una espantosa peste que diezmo á los malhechores. Ni los godos ni los vándalos hicieron mas daño á Roma. Abrieron los

conventos, robaron los altares, profanaron las tumbas, destruyeron la Biblioteca y destrozaron las obras maestras de Miguel Angel y de Rafael, como monumentos de idolatría.

El saqueo de Roma produjo en toda la cristiandad un grito unánime contra los nuevos bárbaros. Francisco I, lento, como de costumbre, para entrar en acción, envió por fin un poderoso ejército á Italia, y Lautrec, que era su jefe, reconquistó el Milanesado y sitió á Nápoles por tierra, en tanto que Doria bloqueaba por mar. La dominación española en Italia habria concluido entonces si no hubiese cometido el rey una grave falta. Desconfiando de Génova, hizo de Savona un gran puerto rival, que fácilmente tendria en su mano. El genovés Andrés Doria reclamó, no fué escuchado y se pasó al emperador con su escuadra. Libre ya el mar, entraron víveres en Nápoles, el ejército francés sufrió hambre, Lautrec murió de la peste y los restos de sus tropas hubieron de capitular en Aversa (1528). Otro ejército francés que mandaba el conde de San Pol, fué destruido el año siguiente en Landriano, con lo cual perdieron los franceses la Península que desde entonces quedó bajo el yugo ó la influencia de la casa de Austria, hasta que en nuestros tiempos quebrantó la Francia dos veces su poderío, la primera en Rívoli y la segunda en Solferino. Si la última victoria es irrevocable, mucho ganará la paz de Europa.

El emperador se presentó á recoger los frutos de las victorias de sus generales y de las faltas de su rival. Llamó á Bolonia á Clemente VII y le dictó sus condiciones. Venecia restituyó lo que no era suyo, los duques de Ferrara y de Milan se reconocieron vasallos del imperio, así como el marqués de Mantua que ascendió á duque, y renunciaron á la alianza francesa, Saboya y el Montferrato. Clemente VII ciñó las dos coronas de Italia y del imperio á las sienes de Carlos V (1530). Solo Florencia protestó contra aquel vasallaje de Italia y Miguel Angel la defendió un año entero; pero al fin debió abrir las puertas á los imperiales que restablecieron á los Médicis, los que reinaron como hechuras de España.

Parecía que Carlos V iba á emprender con la Francia. Sin embargo, necesitaba paz con Francisco I, porque debia estallar una guerra de religion en Alemania: Soliman acercaba á Viena sus temibles jenizaros y Enrique VIII queria romper la alianza austriaca. El tratado de Cambray, menos oneroso que el de Madrid, puesto que el emperador renunciaba á la Borgoña, no era por cierto menos humillante, en razon á que Francisco I entregaba sus aliados de Italia, abandonaba sus pretensiones sobre Nápoles, reconocia á Sforzia por duque de Milan y cedia Tournay y Hesdin, con la soberanía de Flandes y del Artois (1529).